

MÉJICO

CONTEMPORÁNEO

POR

FRANCISCO DE PRIDA Y ARTEAGA

Y

RAFAEL PEREZ VENTO

OBRA ILUSTRADA CON MÁS DE 100 FOTOGRAFADOS
DE LAPORTA

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FORTANET

IMPRESOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Calle de la Libertad, núm. 29

1889

APÉNDICES.

I.

El Padre Jarauta.

Fué una de las figuras que surgió en aquella época, y que no ha sido juzgada con entera imparcialidad, viniendo á hacersele justicia, hasta la administración de Juárez, durante la cual este dispuso se asignase una pensión á la madre del valiente guerrillero, pensión que hasta la muerte de dicha señora, ocurrida en Zaragoza (España) el año de 1884, estuvieron pagando religiosamente los diferentes gobiernos que se sucedieron al del Benemérito de América.

Era el año de 1846 teniente cura de la parroquia de la ciudad de Veracruz el clérigo español Celedonio Domeco de Jarauta, hijo de la heroica ciudad de Zaragoza; joven, pues contaba entonces de 28 á 30 años de edad, pulcro en el vestir y correcto en el hablar, de constitución fuerte aunque no muy alto de estatura, era estimado de todos en la población por su carácter franco y agradable.

Durante el sitio que los americanos pusieron á la plaza, tenía que ser cuando el P. Jarauta trocase los hábitos sacerdotales

por los arreos del guerrillero, dejándose arrastrar por poderosa influencia que lo llamaba más á la lucha que á la práctica de su tranquilo ministerio.

Vino á empezar á decidir la suerte del P. Jarauta, un episodio en el cual figuró como héroe principal.

El general Morales, jefe de la plaza, necesitaba mandar á la capital unos pliegos sumamente importantes, y para llevarlo á cabo buscaba un hombre decidido que atravesando la línea americana entregase los pliegos á los agentes del Gobierno que estaban fuera de la plaza.

El que tal acción llevase á cabo, tenía que ser un hombre de gran confianza, muy conocedor del terreno y de un valor á toda prueba, pues el caer en manos de los sitiadores con documentos como los que había que llevar, era la muerte con toda seguridad.

El general Morales envió á buscar al presidente del Ayuntamiento, que lo era D. Ramón Vicente Vila, y le manifestó la necesidad que tenía de encontrar una persona apta para el desempeño de tan peligrosa y urgente comisión.

D. Ramón Vicente Vila era un hombre activo y muy patriota, reuniendo á estas cualidades la de ser muy popular, tanto en la población como en las *rancherías* de los alrededores; desesperaba ya de encontrar el hombre que hacía falta para cumplir la comisión del general Morales, y manifestando su apuro y deseo al mismo tiempo de llenar el encargo, pues sabía la importancia que los pliegos tenían, al P. Jarauta que era muy su amigo, se vió sorprendido cuando aquel hombre extraordinario, en perfecta calma le decía:

«Esos pliegos los llevo yo.»

Pidió solamente al alcalde municipal que lo acompañase un agente de policía, el cual detendría á la persona que él indicase; inmediatamente fueron obsequiados sus deseos y empezó el P. Jarauta á preparar aquella primera prueba que daba de

un valor en grado heroico y de un talento estratégico que fué luego terror de las huestes invasoras.

Dentro de la ciudad, y en calidad de guardias nacionales, había muchos *rancheros* (hombres de campo) de los alrededores, y que, naturalmente, eran muy conocedores del terreno; á un grupo de estos se dirigió Jarauta y empezó á informarse con ellos de cuál sería más útil de todos para el desempeño de la comisión á que se había comprometido.

Una vez tomados sus informes, se fijó en uno de aquellos *rancheros* ó *jarocho*s como en la costa se llama á los que se dedican á las faenas del campo, y le manifestó lo que de él deseaba, el *jarocho* se negó rotundamente á exponerse á tal peligro, más Jarauta que ya contaba con esto, dió orden al policía de llevarlo preso.

Una vez hecho esto, se presentó al alcalde municipal y le dijo que á las seis de la tarde le tuvieran preparado en la puerta de la Merced, un caballo que fuera bueno, los pliegos que había de conducir y al *jarocho* que había mandado aprehender.

Así se hizo, y á la hora citada, Jarauta, en traje de paisano, se presentó en el lugar de la cita.

Se hizo cargo de los pliegos, montó al *jarocho* en el caballo, y poniéndose él en ancas, le dió orden, pistola en mano, de conducirlo fuera de la ciudad atravesando el campo enemigo.

El *jarocho* no le quedaba más recurso que buscar, como lo hizo, los lugares por donde podía burlar la vigilancia de los centinelas americanos, y poner á Jarauta fuera de la línea de circunvalación.

Á las pocas horas regresó Jarauta á la plaza después de haber cumplido satisfactoriamente su misión, y no sin haber tenido que sostener lucha desigual con los centinelas americanos, como lo probaba el haberle matado el caballo, cuya montura

traía á cuestras, así como un fusil de que se había provisto á su paso por las trincheras enemigas.

Felicitado Jarauta por el vecindario y por los jefes de la plaza; no fué en aquel momento cuando él decidió lanzarse al campo y hacer la guerra como soldado, sino que después de su heroica acción volvió á su iglesia y siguió cumpliendo con los deberes de su sagrado ministerio.

Continuaba entre tanto el asedio de la ciudad, que sin elementos de defensa, hacía una desesperada resistencia; pero sin socorro ninguno, y solo entregados aquellos valientes á sus propias fuerzas, tuvieron que rendirse, ocupando la plaza los americanos en los últimos días de Semana Santa del año de 1847.

La capitulación de la plaza fué firmada por el segundo jefe, que lo era el general Landero, pues el general Morales no quiso hacerlo refugiándose en San Juan de Ulúa.

Á la entrada del ejército americano, muchos jóvenes veracruzanos abandonaron la ciudad dispuestos á continuar la lucha, y formaron una guerrilla que empezó á hostilizar á los americanos; entre estos jóvenes patriotas se encontraban Torrea, Robleda, Cueto, Barragán y algunos otros, todos los cuales no vacilaron un instante en lanzarse á combatir aquel enemigo que amenazaba la integridad de la patria.

El ejército americano que se hallaba formado de soldados mercenarios, escoria de todos los pueblos, vendida por oro á la República del Norte, cometía toda clase de atropellos que eran vengados por el altivo pueblo veracruzano, pero trayendo, como era natural, las represalias de aquellos foragidos, que apoyados en la fuerza, imponían su capricho y voluntad paseando sus vicios con el cinismo del conquistador.

Un grupo de aquellos desalmados penetró al día siguiente de la rendición de la plaza, en la iglesia parroquial, y con los sombreros puestos, y haciendo mofa de las imágenes y obje-

tos del culto, se dedicaron por buen espacio de tiempo, á la más impía de las profanaciones.

Avisado el P. Jarauta de lo que ocurría, se presentó en el templo, y viendo la resistencia que aquellos soldados oponían á cumplir la orden de retirarse que les había dado, empuñó un palo y los echó del templo á garrotazos.

Jarauta comprendió en seguida lo que podía esperar de aquellos cobardes que habían sido vencidos por un solo hombre; el procedimiento era sencillo, y las prácticas de los invasores bien conocidas para que se hiciera ilusiones sobre lo que le esperaba.

Sin pérdida de tiempo salió de la ciudad y al día siguiente el padre había desaparecido, y el nombre del guerrillero empezaba á pronunciarse con veneración y entusiasmo por los mejicanos, y con terror por los soldados del Norte.

Pocos fueron los hombres que reunió Jarauta en los primeros momentos, pero todos de tanto valor y tan decididos, que suplían con estas cualidades al número; al poco tiempo se le unió poniéndose á sus órdenes la guerrilla de Torreá, y desde aquel momento y á la voz de Jarauta, toda la Tierra caliente se puso en armas para rechazar al invasor.

En combinación con las guerrillas de Chico, Mendoza y Aburto tenía continuamente en jaque á las fuerzas americanas que no se atrevían á salir sino en fuertes columnas, pues las pequeñas partidas eran inmediatamente copadas por el incansable guerrillero.

Su nombre se hizo popular en poco tiempo y los invasores lo pronunciaban con terror, pintándolo en sus periódicos vestido de hábitos al frente de sus tropas y arengándolas con un gran crucifijo en la mano.

La actividad era la cualidad que más lo distinguía, pues nunca podía el enemigo sospechar sus ataques por lo violento de sus marchas y lo atrevido de sus golpes de mano.

Unido con Aburto detuvo por espacio de cuarenta días un convoy de 4.000 hombres mandado por el general Thuyt, quitándole, mulada, caballada, víveres y parque en abundancia, y ya próxima á rendirse la fuerza que custodiaba el convoy en las orillas de Jalapa, una diferencia de mando entre los guerrilleros vino á frustrar una empresa, que de llevarse á cabo, hubiera causado gran pánico entre las huestes invasoras, y dado gran renombre á los que intervinieron en aquella audaz sorpresa.

Jarauta que había engrosado bastante sus fuerzas, se trasladó á la Mesa Central, y allí siguió la lucha siempre afortunada para él, y hostilizando sin descanso á las guarniciones americanas de Puebla y Méjico.

En este empeño le sorprendió la noticia de la paz, hecha por el tratado de Guadalupe; paz que no fué bien recibida por los buenos patriotas que creían que siguiendo la lucha podrían obtenerse más ventajas del Gobierno americano.

Buscaron entonces un hombre que fuese capaz de proseguir esa lucha, y se fijaron en Jarauta, el cual, en unión del general Paredes y otros jefes, proclamó el desconocimiento del tratado hecho por el Presidente Peña y Peña (pues Santa Ana había salido ya del país).

El Gobierno de Peña y Peña los declaró, no patriotas, sino rebeldes, y mandó sus fuerzas á batir á los que desconocían el vergonzoso tratado por el cual la República obtenía la paz. Jarauta determinó hacer personalmente un reconocimiento sobre las fuerzas de Peña y Peña, y cayendo en una emboscada, fué hecho prisionero y fusilado por mejicanos, por los que tanto había combatido.

Fusilado Jarauta, el hombre audaz y de hechos levantados, cae de aquella idea de resistencia en defensa de la integridad del territorio mejicano, y caudillo de aquellas fuerzas que tenían tan patriótico pensamiento, fácil fué la derrota de

Paredes, el cual se salvó y hasta su muerte permaneció oculto en un convento.

Siguió la lucha en Méjico, que trajo después la intervención francesa, y el efímero reinado del titulado emperador de Méjico, Maximiliano de Hapsburgo; mas es de justicia reconocer que, el salvador en esta nueva lucha del territorio mejicano, el que ha merecido llamarse Benemérito de América, fué el primero en revindicar á Jarauta, concediendo, como hemos dicho al principio, una pensión á su anciana madre, pensión de que ha disfrutado hasta su muerte.

Para el guerrillero queda la admiración de los patriotas de aquel tiempo, y para la posteridad, hoy que se disipan las brumas de los odios políticos, la inmortalidad reservada á los hombres que reúnen las condiciones que reunía el P. Celedonio Domeco de Jarauta.

